LA JUNTA DIOCESANA DE OBRAS Y
REPARACIONES, EL PUEBLO Y EL ESTADO
DURANTE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX:
PROYECTOS DE CONSERVACIÓN,
RESTAURACIÓN Y DE NUEVA PLANTA EN LA
ARQUITECTURA RELIGIOSA VALLISOLETANA DE
JERÓNIMO ORTIZ DE URBINA

FRANCISCO JAVIER DOMÍNGUEZ BURRIEZA

ACE: Architecture, City and Environment = Arquitectura, Ciudad y
Entorno [en línea]. 2013, Año 7, núm. 21 Febrero P. 37-66

ISSN: [1886-4805](#)

Website access: http://www-cpsv.upc.es/ace/Articles_n21/articles_pdf/ACE_21_SA_11.pdf

UPCommons Access: <http://hdl.handle.net/2099/13007>

ACE

Architecture, City, and Environment
Arquitectura, Ciudad y Entorno

C

DIOCESAN BOARD OF CONSTRUCTION AND REPAIRS, PEOPLE AND STATE DURING THE SECOND HALF OF THE NINETEENTH CENTURY: CONSERVATION, RESTORATION AND NEW BUILD PROJECTS IN THE RELIGIOUS ARCHITECTURE OF VALLADOLID OF JEROME ORTIZ DE URBINA

Key words: Architecture and restoration, 19th century, Jerónimo Ortiz de Urbina, Diocese of Valladolid.

Abstract

The most influent architect in Valladolid during the second half of 19th, and probably also, from educational point of view, one of the most influent of the whole north zone of Spain (Galicia, Cantabria, Asturias and País Vasco), Jerónimo Ortiz de Urbina Díaz de Junguitu, was undoubtedly a key figure in the preservation and restoration of a good number of temples and convents in the Diocese of Valladolid. Among his projects we have, only as examples, with those performed for the collegiate church of Saint Antolín (in Medina del Campo), the Church of Los Santos Juanes (Nava del Rey) or the conventual church of Saint Mary Magdalene (Medina del Campo). After a deep work of archive and of analysis, in these examples we can see how the different economic and social interests of the parts played for or against the preservation of important BIC in our country.

LA JUNTA DIOCESANA DE OBRAS Y REPARACIONES, EL PUEBLO Y EL ESTADO DURANTE LA SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XIX: PROYECTOS DE CONSERVACIÓN, RESTAURACIÓN Y DE NUEVA PLANTA EN LA ARQUITECTURA RELIGIOSA VALLISOLETANA DE JERÓNIMO ORTIZ DE URBINA¹

DOMÍNGUEZ BURRIEZA, Francisco Javier²

Remisión inicial: 19-2-2012

Remisión definitiva: 11-12-2012

Palabras clave: Arquitectura, restauración, siglo XIX, Jerónimo Ortiz de Urbina, Diócesis de Valladolid.

Resumen

El arquitecto más influyente de Valladolid durante la segunda mitad del siglo XIX, y quizá también, desde el punto de vista docente, de los más influyentes en buena parte de la zona norte de España (Galicia, Cantabria, Asturias y País Vasco), Jerónimo Ortiz de Urbina Díaz de Junguitu, fue, sin lugar a dudas, una pieza clave en la reparación y restauración de un importante número de templos y conventos de la diócesis vallisoletana. Entre sus proyectos, todos inéditos, contamos, y tan sólo a modo de ejemplo, con los llevados a cabo para la colegiata de San Antolín (Medina del Campo), la iglesia de los Santos Juanes (Nava del Rey) o la iglesia conventual de Santa María Magdalena (Medina del Campo). Tras un profundo trabajo de archivo y de análisis, en todos ellos vemos cómo los diferentes intereses económicos y sociales de las partes implicadas jugaron a favor o en contra de la conservación de importantes Bienes de Interés Cultural (BIC) de nuestro país.

1. Introducción

El arquitecto más influyente de Valladolid durante la segunda mitad del siglo XIX, y quizá también, desde el punto de vista docente, de los más influyentes en buena parte de la zona norte de España (actuales regiones de Galicia, Cantabria, Asturias y País Vasco), Jerónimo Ortiz de Urbina Díaz de Junguitu³, fue, sin lugar a dudas, una pieza clave en la reparación y

¹ La base del trabajo forma parte de un capítulo inédito de la Tesis Doctoral que, defendida el 19 de junio de 2009 en la Universidad de Valladolid, lleva por título *Jerónimo y Antonio Ortiz de Urbina: vida y obra*. Programa de doctorado: Historia del Arte.

² **Francisco Javier Domínguez Burrieza:** Profesor del Departamento de Historia del Arte de la Universidad de Valladolid. C/ Trinidad, 3, 40001 – Segovia (Facultad de Ciencias Sociales, Jurídicas y de la Comunicación). Email de contacto: fjdminbu@gmail.com

³ Sobre este arquitecto, vitoriano de nacimiento pero vallisoletano de adopción (Domínguez, 2010). En esta misma publicación se demuestra la importancia e influencia de Jerónimo Ortiz de Urbina en Valladolid, autor, entre otros

restauración de un importante número de templos y conventos de la diócesis vallisoletana⁴. Entre sus proyectos, todos inéditos, contamos, y tan sólo a modo de ejemplo, con los llevados a cabo para la colegiata de San Antolín (Medina del Campo), la iglesia de los Santos Juanes (Nava del Rey) y la iglesia conventual de Santa María Magdalena (Medina del Campo). En ellos vemos cómo los diferentes intereses económicos y sociales de las partes implicadas jugaron a favor o en contra de la conservación de importantes BIC de nuestro país. Y es que, en muchos casos, el arquitecto tuvo que adaptarse a la paupérrima economía del Estado. Sus fondos sufragaban los trabajos de conservación y restauración, y el tira y afloja entre las diferentes corporaciones lo sufrían, fundamentalmente, el pueblo y el arquitecto. El primero porque en ocasiones veía cómo la iglesia de su localidad se venía abajo irremediablemente, y el segundo porque peligraba su crédito por culpa de un presupuesto recortado que dificultaba la exitosa culminación de un buen trabajo de conservación o restauración. Esto mismo lo demuestran los numerosos expedientes de obras, inéditos hasta el momento, que se conservan en los archivos de la Catedral y de la Diócesis de Valladolid. Cada uno de los pasos a seguir, administrativamente hablando, y algunas de sus consecuencias económicas, artísticas y sociales las estudiamos a continuación.

En sus proyectos, Ortiz de Urbina introdujo nuevos materiales y elementos estructurales y decorativos. Estos últimos tuvieron como fin principal la funcionalidad del monumento en cuestión, tratando el mismo, en bastantes ocasiones, bajo actuaciones de carácter fundamentalmente violetianas, contraviniendo las ideas de Ruskin, y según lo preceptuado por las Reales Órdenes de 14 de septiembre y 10 de octubre de 1850. Tal legislación obligaba, por ejemplo, a que en el trabajo sobre fachadas se respetase “el pensamiento primitivo, acomodando las renovaciones al carácter de la fábrica, y procurando que las partes antiguas y las modernas se asemejen y parezcan de una misma época” (Navascués, 1987: 293).

trabajos, del colegio de San José (1881) o el *Pasaje de Gutiérrez* (1884-1886). El primero se convirtió, en algunos aspectos, en un ejemplo a seguir por otras fundaciones jesuíticas de la Provincia de Castilla, y el segundo en uno de los pocos ejemplos que en España hoy quedan en pie de pasajes comerciales cubiertos, que mantiene su esencia arquitectónica y que pudo haberse llevado a cabo en cualquiera de las grandes capitales europeas a mediados del siglo XIX. En otro sentido, dado que un elevado número de aspirantes al título de Maestro de Obras eligieron la Escuela de la Purísima Concepción de Valladolid en lugar de la Academia de Bellas Artes de San Fernando para formarse, desde 1852 tuvieron como profesor a Ortiz de Urbina. Ya en 1859 dirigía la cátedra de Composición y Parte Legal, pasando, en 1869, tras la supresión de la Enseñanza de Maestros de Obras, a formar parte del cuerpo de profesores de la Escuela Libre de Maestros de Obras, Aparejadores, Agrimensores y Directores de Caminos Vecinales de Valladolid. A modo de ejemplo, vemos cómo muchos de los maestros de obras que trabajaron en Bilbao durante el último cuarto del siglo XIX y principios del XX tuvieron como profesor a Ortiz de Urbina (Basurto, 1999). En el mismo caso, y pese a que en Galicia existía la Academia Provincial de La Coruña, esta era de segunda clase, con lo que no tenía la facultad de formar a maestros de obras y directores de caminos vecinales como sí la de Valladolid, de primera clase. Así, Sánchez García también señala cómo la mayoría de los maestros de obras que trabajaron en Galicia se formaron, dada su cercanía geográfica, en Valladolid o en Madrid (Sánchez, 2001). De hecho, cuando desde Orense se propuso el nombre de Ortiz de Urbina para solucionar los problemas de la torre de campanas de la catedral (1861), además de su experiencia en la reparación y restauración de algunas de las iglesias de la provincia vallisoletana, tal y como veremos en el presente trabajo, se le reconocía, entonces, como el arquitecto “de más crédito por su notoria capacidad, honradez y conciencia” (Domínguez, 2009 - tomo I).

⁴ Los trabajos llevados a cabo en templos y conventos de la ciudad de Valladolid ya han sido estudiados (Domínguez, 2010: 210-236). Entre ellos, destacan los realizados para las iglesias conventuales de San Pablo y de San Benito, la parroquia de Nuestra Señora de la Antigua, la penitencial de Nuestra Señora de las Angustias, el antiguo colegio de San Gregorio o la propia catedral. Lógicamente, todos sus trabajos entendieron la responsabilidad directa, primero, del Palacio Arzobispal, bajo lo impuesto según el Concordato de 1851 (Ordieres, 1995), y de la Junta Diocesana de Obras y Reparaciones, después, ya a partir de su formación en el último trimestre de 1861 (sobre la formación de la Junta Diocesana de Valladolid informó, debidamente, la prensa de la época; Ortega, 2000: 189). Tan sólo señalar que también Ortiz de Urbina se encargó de continuar una importante fase de las obras de construcción del colegio e iglesia de los Agustinos-Filipinos, utilizándose para tal fin los planos levantados por Ventura Rodríguez entre 1759 y 1760 (sobre su intervención véase Domínguez, 2010: 167-174).

En definitiva, el afán conservacionista de la mayoría de los conjuntos arquitectónicos primaba por encima de todo, aun desposeyéndose a estos de ciertas cualidades que habían configurado, como después se ha demostrado, su carácter estético original (inclusión de nuevas bóvedas tabicadas que ocultaban las techumbres originales en pro de lo que se entendía como verdadero carácter del edificio, etc.). Además, y en contradicción también con lo defendido por Viollet - le - Duc, los visibles nuevos materiales fueron consecuencia directa de los escasos recursos económicos con los que se contaba, nada que ver con el objetivo diferenciador entre lo antiguo y lo nuevo como premisa del modelo de restauración que a finales del siglo XIX alentó Camilo Boito.

Por desgracia, apenas existe documentación gráfica de aquellos proyectos de arquitectura religiosa que, gestionados por la diócesis vallisoletana, se acometieron durante esta segunda mitad del siglo XIX en su misma circunscripción - que no escrita - y que en el caso de edificios conventuales - la mayoría de clausura - suelen conservarse en sus propios archivos, por otra parte, de difícil acceso. Todo lo anterior queda perfectamente ejemplificado en la restauración llevada a cabo por Ortiz de Urbina, entre 1875 y 1876, de la iglesia románica de San Juan *Ante Portam Latinam*, en Arroyo de la Encomienda (Valladolid), estudio que pronto verá la luz (Domínguez, 2009: 485-506, vol. I).

Ortiz de Urbina, arquitecto por la Real Academia de Nobles Artes de San Fernando (1852), fue miembro de la Comisión Provincial de Monumentos de Valladolid (1856), Académico de la Real Academia de Bellas Artes de la Purísima (1852) y correspondiente de la de San Fernando (1879). Es más, la propuesta de correspondiente se apoyaba en la notabilidad de los proyectos de conservación que había practicado sobre algunos de los templos de la diócesis (Domínguez, 2010). Sus avales fueron sus compañeros de aulas en la Escuela Especial de Arquitectura, algunos de ellos amigos. Simeón Ávalos, Antonio Ruiz de Salces y, sobre todo, desde el punto de vista del tema que nos ocupa, Juan de Madrazo, que, además, impartió en la escuela madrileña la misma asignatura que Ortiz de Urbina, desde 1859, en la Enseñanza de Maestros de Obras de la Escuela de Bellas Artes de Valladolid; "Composición y Parte Legal" (Lafuente, 1868: 189; Prieto, 2004: 174; Domínguez, 2010: 31-38). Madrazo y Demetrio de los Ríos, entre otros arquitectos ilustres del siglo XIX español, fueron compañeros de aulas de Ortiz de Urbina. También Elías Rogent tenía un buen concepto del arquitecto vitoriano (Rogent, 1990; Domínguez, 2010), y aunque de una generación posterior, Adolfo Fernández Casanova, arquitecto-restaurador de la catedral de Sevilla y discípulo directo de Madrazo (González-Varas, 1996), seguidor, por tanto, del pensamiento violletiano, mantuvo una estrecha amistad con Ortiz de Urbina durante el tiempo que este trabajó en Valladolid como Arquitecto Provincial. Es más, llegó a ser uno de los testadores de Jerónimo cuando el vitoriano, en 1874, al borde de la muerte, decidió elevar testamento (Domínguez, 2010). En definitiva, pese a que a otro nivel, los trabajos de reparación, conservación y restauración de Ortiz de Urbina guardan bastante relación con lo que representan estos arquitectos, todos ellos medievalistas, seguidores de la restauración en estilo y educados en un entusiasta ambiente historicista. Tan solo un ejemplo respecto a Viollet y las ya citadas Reales Órdenes de 14 de septiembre y 10 de octubre de 1850.

Cuando Ortiz de Urbina y los arquitectos Antonio Iturralde y Segundo de Rezola (ambos alumnos de las primeras promociones de la Escuela Especial de Arquitectura) informaron acerca de la introducción de dinteles de granito en la zona de los soportales del centro histórico

de la ciudad de Valladolid (bajo trazas, en el siglo XVI, de Francisco de Salamanca), más acordes con la idea original de su configuración, en sustitución de la utilización ya generalizada de la madera (Rebollo, 2007; Domínguez, 2010), los arquitectos afirmaron lo siguiente:

“Es un principio en el Arte, que cuando se trata de restaurar un Monumento, la restauración será tanto mejor cuanto menos se descubra la mano del restaurador”⁵.

Los trabajos de restauración decimonónicos guardan muchas diferencias respecto a los llevados a cabo con anterioridad. Toma verdadero protagonismo la valoración previa y la justificación del monumento arquitectónico en sí, su propia condición histórica, su valor cultural y no su aspecto funcional (Navascués, 1987). En los informes evacuados por Ortiz de Urbina así sucede, considerando el estilo o los estilos de las fábricas. Sin embargo, dicha documentación también pone de relevancia, continuamente, el especial interés de la funcionalidad del edificio. De hecho, la práctica restauradora de Ortiz de Urbina, en muchos casos más reparadora, giró en torno a estas dos cuestiones: funcionalidad y estilo.

2. Los primeros encargos: la Vicaría de Medina del Campo

Durante los últimos años de la década de los cincuenta del siglo XIX, Ortiz de Urbina se encargó de los proyectos de reparación y restauración de templos que surgieron en la vicaría de Medina del Campo. Cabe la posibilidad de que tras hacerse con el proyecto de la colegiata de San Antolín, la importancia del mismo pudiera haber hecho que los responsables de las parroquias de dicha vicaría confiaran en Ortiz de Urbina a la hora de dirigir los trabajos que aquellas necesitaban. Posiblemente, esta pueda ser la razón por lo que el arquitecto logró abrir, entre 1857 y 1859, las obras, además de las de la colegiata, de la iglesia de los Santos Juanes de Nava del Rey y las parroquiales de Villanueva de Duero, Velliza y Nueva Villa de las Torres. En cualquier caso, escasas veces la Comisión Provincial de Monumentos de Valladolid emitió informes acerca del estado de los edificios o las obras necesarias de ejecutar. Menos aún la Real Academia de la Purísima Concepción de Valladolid y la de San Fernando, en Madrid. De hecho, no se conserva documentación; ni tan siquiera creemos que pudiera haberse generado. Todos los expedientes dependieron, entonces, del Ministerio de Gracia y Justicia, interviniendo la Junta Diocesana de Obras y Reparaciones (González-Varas, 1996).

2.1 La Colegiata de San Antolín en Medina del Campo

En la todavía corta carrera de Ortiz de Urbina, uno de los primeros trabajos, dentro de aquellos de índole religiosa y bajo la supervisión y gestión de la Junta Diocesana de Obras y Reparaciones de Valladolid, fue el llevado a cabo, a partir de 1857, en la colegiata de San Antolín de Medina del Campo⁶ (ver Figura 1). El 1 de marzo de dicho año, el Ayuntamiento de Medina se ponía en contacto con el Gobernador Eclesiástico y le comunicaba la preocupación

⁵ Archivo Histórico Provincial de Valladolid, Sección Histórica, caja 269, exp. 137.

⁶ Pese a que el rango de colegiata, con sede abacial, se perdió en 1855, pasando a ser parroquia mayor, vamos a recordar de forma indistinta a este edificio fundamental de nuestro patrimonio inmueble.

que existía en la villa sobre el mal estado de la iglesia mayor y colegiata de la localidad⁷. La Diócesis nombró, entonces, a Ortiz de Urbina como arquitecto director. Una decisión que, pese a que debía corresponder a la Academia de San Fernando (González-Varas, 1996), en todos los expedientes de reparación y restauración relativos a la diócesis vallisoletana de ese tiempo queda claro cómo el poder eclesiástico o los ayuntamientos fueron los encargados de tal elección.

Ortiz de Urbina evacuó su informe y redactó un proyecto de reparación que resultó mucho más ambicioso de lo que los propios dirigentes de Medina seguramente podían haber esperado. En este sentido, puede que fuera el primer trabajo de verdadera relevancia en la carrera profesional de Ortiz de Urbina, por lo que el arquitecto no dudó en emitir el minucioso y detallado informe que la iglesia merecía. En él, entre otras cosas, Jerónimo destacaba la pintura de las bóvedas del templo, para las que se había utilizado *un color aplomado figurando ladrillo*, algo que hoy día ha desaparecido por completo. Además, el arquitecto hablaba del *dórico reformado* de la sacristía y de la *arquitectura toscana* de la antesacristía. Sin embargo, lógicamente, más importante sería el estado de conservación del edificio, así como las obras que hacía falta ejecutar. Había necesidad, entonces, de intervenir sobre el enlosado, afectado, gravemente, por la humedad. La propuesta de Ortiz de Urbina no fue la de incluir uno nuevo, sino la de cubrir el antiguo, a una altura de medio metro, por un entarimado de madera. Al mismo tiempo también debía rebajarse *el pico del atrio y corrales del costado derechos* para mejor movilidad y salida de las aguas que vertían desde las cubiertas. Todo ello encerraba síntomas de funcionalidad que alteraba, en cierta manera, parte de la estética original del interior del edificio.

Además del repaso y blanqueo general de los paramentos interiores de la colegiata, en este espacio debían hacerse otras reparaciones y trabajos como *tapar grietas, pintar las verjas de las capillas y del coro, renovar la pintura de la figurada que hace juego con la de entrada á la Capilla de Angustias*, pintar el zócalo del interior del edificio hasta una altura de cuatro pies o reparar las vidrieras y alambreras de las ventanas.

Según el informe, las reparaciones de la sacristía y la antesacristía serían similares a las del templo. Es más, aquí el tejado y las armaduras debían reconstruirse en su totalidad, algo similar a lo que sucedía con las cubiertas del resto de la colegiata. En el exterior, Ortiz de Urbina proyectaba un recalce tanto en la parte inferior de sus muros como en la zona de los aleros y contrarrestos del frente a la Plaza Mayor. Y justo en esa parte, en la portada principal del templo, el arquitecto llamó la atención sobre la necesidad de colocar una nueva columna, con su basa y capitel, además de reconstruir parte de la cornisa soportada sobre el juego columnario, entendemos, que en el segundo piso (ver Figura 1). El informe de Ortiz de Urbina también hacía referencia a la consecución de un recalce, un revoco general y la recomposición de parte de la cornisa y remates de la archicofradía del Santísimo Sacramento. De la misma manera, cabían ciertas reparaciones sobre la torre.

⁷ Archivo de la Catedral del Valladolid (en adelante, ACVA) y Reparación de Templos y Conventos (en adelante R.T.C.), Obras en reparación. XIX (18), 1 de marzo de 1857.

Figura 1. Colegiata de San Antolín, en Medina del Campo (Valladolid)

Fuente: Elaboración propia.

El presupuesto que elaboró Ortiz de Urbina para la colegiata, elevándose a 67.502 reales, fue reducido a 56.156 reales gracias al aporte económico procedente de la feligresía. En todo caso, el pueblo siempre pagaba su iglesia. El inicio de las obras se retrasó sobremanera. De hecho, en abril de 1859 se informaba, desde la Junta subalterna de reparación de la iglesia, que los trabajos todavía no habían dado comienzo, y a finales de mayo de 1862 el revoco que necesitaba el edificio todavía no se había llevado a cabo.

2.2 La iglesia parroquial de Santa María del Castillo en Nueva Villa de las Torres

A finales de marzo de 1857, el Ayuntamiento y el párroco de lo que actualmente se conoce como Nueva Villa de las Torres solicitaba las reparaciones necesarias para la única iglesia que, en aquellos momentos, existía en la localidad⁸. Según la petición, los desprendimientos de algunos pedazos de molduras de las bóvedas eran continuos, consecuencia de “haberse resentido el armazón de las mismas”. En el mismo sentido, se advertía que el campanario se encontraba abierto desde hacía algunos años debido a las filtraciones de agua en su antigua cubierta⁹.

Nuevamente, el Gobernador Eclesiástico nombró, con el beneplácito del Civil, a Ortiz de Urbina como arquitecto encargado de las reparaciones. En primer lugar, Ortiz de Urbina describía un

⁸ Según Ortega y Rubio, en otro tiempo “hubo otra parroquia dedicada á San Juan, un convento de templarios y otro de monjas” (Ortega, 1979: 269).

⁹ ACVA, R.T.C., Obras en reparación. XIX (21), 29 de marzo de 1857.

templo de tres naves, llamando la atención, entre otras cosas, de sus bóvedas de arista escarzanas y la existencia de unas lagunas en el costado izquierdo del templo que años después acabarían por ocultarse. En cuanto a las reparaciones, Jerónimo consideraba el descubierto de buena parte de los cimientos, que incluso en ciertas zonas llegaba a la considerable altura de un metro, consecuencia de la pendiente del terreno de la iglesia que servía de ayuda para la salida de las aguas de varias calles del pueblo. Se hacía preciso, por tanto, un recalce general del templo. Además, el arquitecto precisaba las reparaciones que debían realizarse sobre la fachada del costado derecho, la de la entrada principal al edificio (aunque las ampliaba al resto de las fachadas) donde se apreciaban *agujeros y desmoronamientos que el tiempo y las aguas ha desprendido*. Debían reconstruirse, también, las albardillas de los muros de contrarresto. Pero lo que más llamaba la atención del exterior de la iglesia era la falta de cubierta en la torre, algo que estaba haciendo sufrir en demasía a los medios puntos de ladrillo que cerraban los vanos del cuerpo superior. Queda claro, entonces, que el abovedamiento y la linterna, también de ladrillo y siguiendo la estética del edificio, tuvo que ser fruto de las obras proyectadas por Ortiz de Urbina (ver Figura 2). Con ello, y a través de la invención, se prueba el carácter teórico violetiano de esta obra: la búsqueda de la *unidad de estilo*.

Jerónimo también veía preciso reconstruir ciertas partes de la armadura de la nave principal, donde existía *palo de vid*, y algunos muros donde esta estribaba. Lo mismo sucedía en la del Evangelio. Mientras, la de la Epístola debía reconstruirse prácticamente de nuevo. Por último, hacía falta retejar el templo.

Figura 2. Iglesia de Santa María del Castillo, en Nueva Villa de las Torres (Valladolid)

Fuente: Elaboración propia.

El total de las obras ascendía a 27.309,35 reales. Otra vez, de estos debían deducirse 1.550 en concepto de los jornales de los 100 peones necesarios, pagados por el pueblo o

proporcionados por este, y el porteo de los materiales. A finales de diciembre de 1863 consta que ya se habían ejecutado las cubiertas de la torre y de la iglesia, quedando pendientes los recalces, *revoques y deterioros producidos por los escombros, subidas y colocaciones de andamios*, así como el desprendimiento de algunas molduras de las bóvedas.

2.3 La iglesia parroquial de los Santos Juanes en Nava del Rey¹⁰

Meses después de formar el proyecto de las obras de reparación de la colegiata de San Antolín, Ortiz de Urbina se hizo cargo de lo mismo para la iglesia de los Santos Juanes de Nava del Rey (ver Figura 3). De hecho, el expediente se tramitó casi paralelamente al de San Antolín. De esta manera, a finales de abril de 1857 los responsables de la parroquia de San Juan Bautista y Evangelista, asumiendo la ruina de su torre, puesto que así lo había declarado el Maestro de Obras del Cabildo, reclamaron la colaboración del Ayuntamiento¹¹. Inmediatamente, la Corporación Municipal se puso en contacto con el maestro de obras Telesforo Martínez para que realizase un exhaustivo reconocimiento al templo. En mayo, Martínez certificaba, sorprendentemente, que la estabilidad de la torre ni mucho menos corría peligro. No obstante, sí afirmaba que “en los macizos principales del primer cuerpo y cara que mira al Poniente, se notan quebraderos de bastante consideración, cuya reparación de alguna importancia no convendría descuidar” (Martínez, 1857). Por otro lado, el maestro de obras también reconocía, además de ciertas reparaciones necesarias en el interior de la iglesia y lo sobrecargado de la bóveda principal, el alto riesgo que suponía el desprendimiento de algunos elementos decorativos de la torre. Esto podía causar graves daños a los edificios contiguos a aquella e, incluso, también a las maltrechas cubiertas y bóvedas del templo.

Figura 3. Iglesia de los Santos Juanes, en Nava del Rey (Valladolid)

Fuente: Elaboración propia.

¹⁰ Sobre las obras de reparación y restauración proyectadas y ejecutadas por Ortiz de Urbina en este tiempo véase también el informe evacuado por Ortiz de Urbina en 1902 (nota 31).

¹¹ ACVA, R.T.C., Obras en reparación. XIX (20), 20 de abril de 1857.

Informado oficialmente, el Ayuntamiento decidía, en septiembre, poner el asunto en manos del Gobernador Eclesiástico. En su comunicación destacan datos de curiosa relevancia, como la aceptación, por parte de dicha corporación, de la iglesia parroquial como el *único monumento religioso y artístico que poseemos*, olvidándose, así, y entre otras obras, de la ermita de la Virgen de la Concepción o de la iglesia conventual de las Madres Capuchinas. Además, también se recordaba que entre 1852 y 1853 ya se había acudido al Obispo para formar un expediente de reparación que, hasta la fecha, no había dado resultado alguno. Pese a todo, ya con anterioridad se habrían ejecutado una serie de obras, de la misma índole, con el fin de solventar los problemas de la iglesia, sin que estas hubieran podido frenar el mal estado de su fábrica. El resultado de la solicitud del Ayuntamiento fue, otra vez, el nombramiento de Ortiz de Urbina como arquitecto director de las obras.

El 20 de octubre de 1857, Ortiz de Urbina firmaba el informe y el presupuesto de las obras. El arquitecto se encontró con algunos arcos en los que se apreciaba un amplio movimiento de dovelas, que junto a los problemas de la cubierta de madera, sobre todo en los puntos centrados en las cargas de las limas, hacían sufrir a las bóvedas. En este sentido, Ortiz de Urbina llamaba la atención, y como ya había hecho también Martínez, del estado de la bóveda baída del crucero diseñada por Felipe de la Cajiga a finales del siglo XVI. Para su reparación, Jerónimo proponía variar el sistema de apoyo de las limas, al mismo tiempo que debían introducirse piezas nuevas en la armadura. Así, se acabaría modificando el interior para no alterar el exterior, su imagen artística visible; la conservación, por tanto, de una parte importante del monumento. En ello, tan solo cabe una implicación conservacionista epitelial, no restauradora.

Respecto a la torre, concluida a principios del siglo XVIII, Ortiz de Urbina criticaba la decoración que todavía hoy remata la balaustrada del último cuerpo de base cuadrada - por intentar *recordar mejor época del arte* - revelando, entonces, la valía del arte Gótico, y dando buena muestra, así, de su formación historicista (ver Figura 3). Y es que Ortiz de Urbina, en la Escuela Especial de Arquitectura de Madrid, formó parte de la segunda expedición realizada a Toledo por Antonio de Zabaleta en 1850 (Domínguez, 2010). En ella se encargó, junto a otros compañeros de aulas, como Vicente Miranda, con el que coincidiría entre los años 1859 y 1861 en Valladolid, de presentar los dibujos del interior del monasterio de San Juan de los Reyes (Prieto, 2004; Domínguez, 2010). Ello no solo implicaba el respeto al gótico, sino también a un completo sentido ecléctico de la arquitectura. De ahí la elección de Toledo, ciudad que por sus monumentos podía mostrar al viajero una idea de la historia de la arquitectura en España (Arrechea, 1989; Hernández, 1998). Este era el nuevo sentido que latía en la enseñanza de la Arquitectura y la visión práctica y moderna de esta. En definitiva, la comprensión hacia todos los estilos históricos del pasado español.

Así, toma lógica la publicación de *Toledo pintoresca, o la descripción de sus más célebres monumentos*, de José Amador de los Ríos (1845), el *Álbum artístico de Toledo*, de Manuel de Assas (1848), los artículos contenidos en el *Boletín Español de Arquitectura* (a partir del 1 de junio de 1846) o, en palabras de Isac, el romántico, positivista y ecléctico *Ensayo histórico sobre los diversos géneros de arquitectura empleados en España desde la dominación romana hasta nuestros días*, de José Caveda (1848) (Isac, 1987). Es más, el trabajo de Ortiz de Urbina y sus compañeros fue utilizado para realizar la primera monografía de *Monumentos Arquitectónicos de España* (Sánchez de León, 1997; Prieto, 2004; Domínguez, 2010). A estas

publicaciones habría que unir otras (Isac, 1987) que sirvieron en la formación ecléctica de los alumnos de la Escuela Especial de Arquitectura, aunque ya con posterioridad a la titulación de Ortiz de Urbina, como *El Museo Universal* (Navascués, 1973), o la colección de vaciados, en dicha institución, de ornamentación plateresca, árabe o de estilo romano - bizantino, tal y como señaló Caveda (Caveda, 1867).

En cuanto al estado de la torre, el uso de *piedras areniscas muy deleznales* había acelerado su evidente deterioro. Ortiz de Urbina advertía en su informe grietas que incluso atravesaban todos los cuerpos de la torre, dividiéndola, al menos una de ellas, en dos partes. Si tradicionalmente se había admitido como causa de esto mismo la caída de varios rayos, Jerónimo entendía que además de la ya citada calidad de la piedra, tampoco se había hecho en su momento un cuidadoso despiece de la misma. De ahí que el arquitecto tuviese que componer la bóveda del campanario. Igualmente, algunos elementos decorativos habían desaparecido, por lo que era ahora el propio Ortiz de Urbina quien trataría de reconstruirlos, algunos pilares y ciertos remates del último cuerpo. La intención del arquitecto era, como también llevaría a cabo años después en la iglesia de San Juan *Ante Portam Latinam*, lograr la reconstrucción de, al menos, esa sección del edificio a partir del fragmento y mediante el principio de analogía. De nuevo, Viollet - le - Duc. El recorte presupuestario obligó a dejar para otro momento, como veremos más adelante, la restauración general de la torre, a excepción de la construcción de los dos grandes contrafuertes circulares que todavía hoy sirven de apoyo a sus dos primeros cuerpos.

Figura 4. **Detalle del recalce general de la zona noreste de la iglesia de los Santos Juanes**

Fuente: Elaboración propia.

Pero el proyecto de reparación y restauración no solo se limitó a aquellos puntos centrados en bóvedas y torre. De igual manera, Jerónimo proyectó una intervención sobre la fachada oriental del templo, haciéndose cargo de la recomposición del balcón del corredor de la iglesia hacia la plaza, obra de mediados del siglo XVIII del maestro herrero Gabriel del Pozo (Castán, 2006). Incluso, todavía hoy quedan evidentes señales del recalce general de los muros exteriores de la iglesia, también proyectado por el arquitecto vitoriano (ver Figura 4).

De los 98.590 reales en que presupuestó Ortiz de Urbina las obras, el Ayuntamiento de Nava del Rey, a través de su vecindario, aportó 8.000¹². Los trabajos se prolongaron durante años, y pese a que las principales obras de reparación se concluyeron en 1861, aquellas quedaron finiquitadas tres años más tarde.

2.4 La iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Visitación en Villanueva de Duero

En octubre de 1857 se producían las primeras gestiones para llevar a efecto las reparaciones necesarias en la iglesia parroquial de Villanueva de Duero. Pronto, desde la Diputación Provincial se daba permiso al Ayuntamiento de la villa para que nombrara un arquitecto. Fue en ese momento cuando se propuso a Ortiz de Urbina, que tras inspeccionar el templo emitió sus impresiones en un certificado fechado el 5 de enero de 1858¹³.

Ortiz de Urbina dejaba claro que el estado general tanto de los muros de la iglesia como de la torre era bueno. Tan solo mencionaba *algunos deterioros de poca consideración y fácil reparación* que en nada hacían peligrar a la estructura de estos. Sin embargo, no sucedía lo mismo con los tres cuerpos que cubrían y montaban sobre las naves. Lo que Jerónimo se encontró fue, en primer lugar, un techo plano, tableteado, con tirantes de madera y sobre el que se había aplicado una capa de yeso. Sobre él, la techumbre original de la iglesia, que continuaba la estética de la armadura de madera todavía conservada hoy en el presbiterio – también se conservaba *una faja de pequeña extensión tallada en la Sacristía*, y que según Ortiz de Urbina formaba casetones *que recuerdan al estilo árabe*. Pese a que en esos momentos ya no existía nada de la parte de adorno, Jerónimo señalaba que la antigua armadura era *de mejor estilo* que el techo plano que ocultaba, demostrando así, otra vez, el carácter historicista del arquitecto. El tercer nivel se componía de una cubierta de parhilera en la nave central y de par y picadero en las laterales. Estas apoyaban, por uno de los lados, en pilares de ladrillo, mientras que por el otro eran pies derechos los que cumplían tal función. Los desperfectos en este último nivel eran de consideración, ya fuera por los desplomos de los pilares de ladrillo, por la desunión evidente en algunos de sus puntos o por la desnivelación de los atirantados. Por tanto, el peligro de hundimiento era inminente. Aun así, el Ayuntamiento de Villanueva y el párroco convinieron en no cerrar la iglesia *por el efecto moral que causaría en el pueblo* y por no existir un local lo suficientemente decoroso que pudiera ser habilitado para el culto. No había más salida que la pronta reparación de los males que aquejaban a la iglesia. El proyecto lo presentaba Jerónimo seis meses después.

¹² ACVA, R.T.C., Obras en reparación. XIX (20), 20 de marzo de 1858.

¹³ “Cuenta de las obras de reparación de la Iglesia Parroquial de Villanueva de Duero”, ACVA, R.T.C., 1894 - 1911, 5 de enero de 1858.

Figura 5. Bóveda tabicada proyectada por Ortiz de Urbina en la nave central de la iglesia de Nuestra Señora de la Visitación, en Villanueva de Duero (Valladolid)

Fuente: Elaboración propia.

Figura 6. Detalle de la bóveda de espejo de una de las naves laterales de la iglesia de Nuestra Señora de la Visitación, en Villanueva de Duero (Valladolid)

Fuente: Elaboración propia.

En este segundo y definitivo informe Ortiz de Urbina opinaba que el techo de la iglesia, ya ruinoso, debía ser sustituido por bóvedas tabicadas en cada una de las naves, con la ventaja de que con estas se daría *más luz al templo, hoy escasa, y desahogo al espacio conveniente*. Así fue. La bóveda que hoy día luce la nave principal tiene su origen en aquella propuesta de Jerónimo que, como veremos a continuación, se ejecutó años más tarde (ver Figura 5). En este sentido, también hay que prestar atención, aunque no se cita en la documentación, a las bóvedas de espejo de las naves laterales, posiblemente proyectadas por Ortiz de Urbina (ver Figura 6). La economía de medios, a buen seguro, hizo que el arquitecto se decantase por tan desafortunados sistemas de cubrición. Dada su formación y lo practicado en ejemplos anteriores, podría haber tratado de incluir aquella armadura de madera, *de mejor estilo*, tomando como modelo la parte mejor conservada en la capilla mayor o intentar su decoración, cuando no inventar, tras un completo análisis histórico (artístico y arqueológico). Por el contrario, el sistema elegido, aunque anodino y pese a que mejoraba un tanto el techo plano tableado cubierto de yeso, continuaba desvirtuando la imagen interior original de la iglesia. Con permiso, a otro nivel y salvando las distancias, Ortiz de Urbina no siguió las ideas que aplicaría tiempo después Demetrio de los Ríos en la restauración de la catedral de León. Algo que confirmaría y puntualizaría, años más tarde, ya a finales del siglo XIX, su discípulo Vicente Lampérez y Romea (González-Varas, 1996).

Sobre el abovedamiento también se renovó el tercer nivel de cubierta, construyéndose los nuevos cuchillos españoles simples que alberga en la actualidad la nave central (ver Figura 7).

Figura 7. Cuchillos españoles simples aplicados por Ortiz de Urbina tras las obras de conservación y restauración de la iglesia de Nuestra Señora de la Visitación

Fuente: Elaboración propia.

Además de las ligeras reparaciones que ya Ortiz de Urbina señalaba para el exterior de la iglesia, el arquitecto mencionaba ahora el mal estado de los pies derechos que constituían el pórtico. La solución era sencilla; sustituir dichos soportes por unos *ligeros pilares de ladrillo*. En definitiva, algo más práctico que lo existente.

Ortiz de Urbina presentó un presupuesto de 69.462,50 reales, mientras que la feligresía, en esta ocasión, tan solo pudo colaborar con 4.000. Aprobado el presupuesto, en abril de 1862 las obras se adjudicaban, finalmente, a Leoncio Moyano por 30.000 reales¹⁴. A pesar de que tan solo se llevaron a efecto algunos trabajos, estos se realizaron de manera muy peculiar y con demasiadas lagunas en el tiempo.

En 1874 volvieron a surgir problemas en el edificio. El pórtico, el tejado y una parte del artesonado se encontraban en ruina. Para afrontar las nuevas obras se solicitaba el fondo sobrante de lo ya ejecutado en el templo en el año 1862¹⁵. Los trabajos también servirían para reforzar lo atendido por Leoncio Moyano años atrás. También se pensó en trazar otras obras que en absoluto entendían a la conservación del templo, como la apertura de un hueco para camarín, así como otro en el testero (cerrado por una reja con bastidor de cristales). De la misma manera, aquel presupuesto incluía la reparación de los peldaños de la torre, su puerta, las molduras de la iglesia y las *juntas de la fábrica de la Cruz frente al pórtico*, es decir, el crucero de piedra dispuesto en el exterior del templo. En agosto, desde Villanueva se informaba que los trabajos debían dar comienzo lo antes posible, pues las múltiples goteras de la iglesia presagiaban una más que peligrosa ruina, además *de hallarse desplomado y rotos de seis á ocho tirantes del pórtico*.

2.5 La iglesia parroquial de San Millán en Velliza

En febrero de 1859, se comunicaba al Arzobispado el mal estado de la capilla mayor, la nave de San Basilio y la sacristía de la iglesia parroquial de Velliza. Además, también se dejaba constancia de que dicho templo necesitaba, urgentemente, un blanqueo y un retejo general¹⁶. En primera instancia, el párroco propuso el nombre del arquitecto Julián Sánchez García para que se realizasen todos los arreglos necesarios. Este arquitecto no vio otra salida que desmontar la armadura de la capilla mayor e instalar una completamente nueva, puesto que aquella, en deplorable estado de conservación, estaba *llena de apoyos provisionales y de mala manera colocados*. Exactamente lo mismo consideraba para las armaduras que cubrían la nave de San Basilio, la capilla de las Ánimas y la sacristía. En cuanto al exterior del edificio, a Sánchez García le parecía imprescindible terminar la inconclusa cornisa de la iglesia, además de realizar el retejado y el blanqueo general ya indicado por el párroco y el Ayuntamiento fechas atrás.

El arquitecto presupuestó las obras en 45.953 reales, firmando el pliego de condiciones facultativas el día de fin de año de 1861. En esta ocasión, el apoyo de la feligresía alcanzaba la cantidad 6.200 reales. Sin embargo, la publicación de la subasta tardó prácticamente dos años en ver la luz, y por aquel tiempo Ortiz de Urbina ya había sustituido a Sánchez García al frente de las obras, presentando, incluso, las condiciones económicas que su colega no había redactado.

Años después, en 1897, debía volver a intervenir en la bóveda de la capilla mayor. Y es que tiempo atrás, bastante abierta esta, se había introducido unos hierros que la sujetaron, en su

¹⁴ ACVA, Obras en Parroquias, Templos y Conventos (en adelante, O.P.T.C.), 6 de abril de 1862.

¹⁵ "Cuenta de las obras de reparación...", ACVA, R.T.C., 1894 – 1911, 10 de octubre de 1874.

¹⁶ ACVA, R.T.C., Obras en reparación. XIX (6), 26 de febrero de 1859.

parte superior, a las maderas del tejado¹⁷. Ahora, el sistema estaba perjudicando seriamente al edificio. Aunque Ortiz de Urbina ya ejercía las funciones de Arquitecto Diocesano, en ningún momento el expediente, eso sí, incompleto, cita su nombre. Seguro que Ortiz de Urbina ofreció su opinión, ya que dos años después, en 1899, desde la Junta Diocesana se declaraba que, basándose, fundamentalmente, en el dictamen ofrecido por el Arquitecto Diocesano, las obras solicitadas se consideraban ahora de urgente necesidad. Fue, entonces, cuando pudo construirse una nueva bóveda que acabó por cerrar la capilla mayor. Otra vez el pensamiento historicista se halla presente en el diseño ejecutado. Es más, siguiendo las ideas de Viollet - le - Duc, lo lógico es que la nueva bóveda ligara, estéticamente, con la anterior. De ahí, quizá, la elección de un tramo de crucería de nervios planos.

Los vecinos del pueblo otra vez apoyaron, económica y laboralmente, una serie de trabajos sobre el tejado de la torre. El expediente no especifica más acerca de ello, pero sí que el propio vecindario volvió a formar parte activa, ahora, en la reparación llevada a cabo por Ponciano González, en 1898, de la ermita de Nuestra Señora de Perales.

3. Jerónimo Ortiz de Urbina como Arquitecto Diocesano

El 20 de febrero de 1897 fallecía Antonio Iturralde y Montel, que desde 1876 había desempeñado el cargo de Arquitecto Diocesano de Valladolid (Domínguez, 2010). Lógicamente, los cargos hasta entonces ocupados por el arquitecto vasco debían ser cubiertos en el más breve espacio de tiempo posible. En lo que afectaba a la Comisión Provincial de Monumentos, tenían que nombrarse sustitutos en el cargo de representante, para tal Comisión, de la Junta Consultiva de Teatros y la Junta Diocesana de Construcción y Reparación de Templos y Edificios Eclesiásticos¹⁸. Para el primero de ellos, el pintor y director de la Escuela de Bellas Artes de Valladolid, José Martí y Monsó, propuso al arquitecto Manuel Blanco y Cano, y, para el segundo, a Ortiz de Urbina, ambos compañeros de seminario en la Escuela. Por tanto, desde el fallecimiento de Iturralde Jerónimo se hizo cargo de las responsabilidades de su compañero en la Junta Diocesana. Sin embargo, esta elección no fue, ni mucho menos, caprichosa. Desde que Iturralde murió, Ortiz de Urbina, en la práctica, rápidamente tomó su relevo, por lo que es lógico que la Junta Diocesana pronto comenzara a considerarle como su nuevo arquitecto. De esta manera, Martí y Monsó simplemente se habría limitado a proponer a aquel que ya había sido el relevo fehaciente de Iturralde.

3.1 Iglesia parroquial de San Juan Evangelista en Velascálvaro

Poco tiempo después de sustituir a Iturralde en el puesto de Arquitecto Diocesano, el 14 de agosto de 1897 Ortiz de Urbina presentaba el proyecto de reparación de la iglesia parroquial de

¹⁷ “Expediente para obras de reparación extraordinaria en la Iglesia Parroquial de Velliza” ACVA, R.T.C., 1869 – 1884 – 1898 – 1920, 16 de agosto de 1897.

¹⁸ Según el artículo 5º del Real Decreto de 13 de agosto de 1876, las Juntas Diocesanas de Construcción y Reparación de Templos y Edificios Eclesiásticos debían poseer, entre sus miembros, *un individuo nombrado por la Comisión provincial de Monumentos*. *Real Decreto sobre reparación de templos*, Valladolid, Imprenta de L. Garrido en 1879. En la diócesis vallisoletana el Real Decreto se dio a conocer a través del Boletín de la Diócesis. *Boletín Oficial Eclesiástico de la Diócesis de Valladolid*, 14 de agosto de 1877. Pese a la trascendencia de dicha Junta Diocesana, nada de esto se menciona en Delicado *et al.*, 1996.

Velascálvaro. En la memoria, el arquitecto señalaba el escaso apoyo económico que los vecinos del pueblo podían prestar, dada su escasa población. En cualquier caso, Ortiz de Urbina dirigió, entre diciembre de 1898 y febrero de 1899, la reparación de los techos de la Iglesia, incluyendo su sacristía (raso en la única nave de que consta el templo y con tirantes en la sacristía), el enlucido y picado de los zócalos, los recalces y las reparaciones, en general, de los muros exteriores, de puertas (baptisterio, sacristía, coro y entrada a la iglesia), escalera del coro y espadaña, con su balcón volado (se incluyeron barandas de hierro tanto para la espadaña como para el coro, aunque décadas más tarde, la de esta última fue sustituida por la de madera que actualmente se conserva). Igualmente, también reparó un trozo de tejado, a la vez que bajo su dirección se pintaron las puertas y la cancela¹⁹. No obstante, y pese a que la documentación no lo cita, los pilares de ladrillo enyesado que soportan el coro alto también debieron de ser fruto de este proyecto de obras (ver Figura 8).

Figura 8. Nave de la iglesia de San Juan Evangelista, en Velascálvaro (Valladolid)

Fuente: Elaboración propia.

3.2 Iglesia parroquial de San Cristóbal en Boecillo

Uno de los trabajos más importantes de Ortiz de Urbina como Arquitecto Diocesano fue la continuación de las obras de nueva planta, comenzadas ya por Iturralde, de la actual iglesia parroquial de Boecillo. Para el Ayuntamiento y el párroco, la construcción de un nuevo templo se había convertido en la mejor solución posible debido al avanzadísimo estado de deterioro del antiguo edificio²⁰, aquel que lindaba, según Madoz, con el cementerio (Madoz, 1849). Es

¹⁹ "Expediente de reparación extraordinaria de la Iglesia Parroquial de Velascálvaro", ACVA, R.T.C., 1869 - 1884 - 1898 - 1920, 14 de agosto de 1897. En 1883 ya se había advertido del peligro de ruina que ostentaba la iglesia al poseer en mal estado unos diez metros de cornisa. ACVA, O.P.T.C., 7 de enero de 1883.

²⁰ "Expediente de reparación extraordinaria de la Iglesia Parroquial de Boecillo", ACVA, R.T.C., 1887 - 1901, 4 de febrero de 1893.

más, dicha conclusión se justificó con un pequeño resumen de las actuaciones que sobre la antigua iglesia de San Cristóbal se habían practicado durante la segunda mitad del siglo XIX. En este sentido, se afirmaba que en 1864 se había cerrado la iglesia por su evidente y peligrosa ruina. Fue por ello por lo que se habilitó, durante unos años, una sala de la Casa Consistorial para la celebración de los oficios religiosos. La iglesia volvió a abrirse el 29 de junio de 1873, después de llevarse a cabo una serie de reparaciones que consolidaron ciertas partes del interior. Por tanto, no se trata de una reconstrucción de la iglesia ni del mismo templo situado en su emplazamiento actual, como señaló en su día Brasas Egido (Brasas, 1977). En todo caso, los resultados tan solo solucionaron, momentáneamente, los problemas del templo, ya que años después, en 1888 (los trámites se iniciaban en el mes de mayo), se acababa formando otro expediente de obras. Según el Ayuntamiento, las causas de los nuevos deterioros habían sido los deficientes trabajos de reparación que se habían practicado con anterioridad, motivados, sobre todo, por la escasez de recursos con que se había contado. El 27 de abril de 1889 se encargaba entonces al Arquitecto Diocesano (por aquel entonces, Iturralde) no la formación del proyecto de reparación, tal y como llegó a afirmar el Ayuntamiento, sino la inspección del edificio. Sin embargo, independientemente de que este se formase o no, nunca se ejecutaron obras sobre el templo, motivo por el cual los desperfectos aumentaron con el tiempo.

En 1893, el estado de los muros era deplorable, pero es que además la ruina se ampliaba también a las cubiertas de madera, completamente carcomida, e inservible, y a las bóvedas, que presentaban aperturas de diversa consideración. Según Tomás Sastre, el maestro albañil que había certificado estas observaciones, la restauración íntegra de la iglesia supondría un coste igual o mayor que el de la construcción de otra de nueva planta. A partir de entonces, el objetivo del Ayuntamiento y del párroco de Boecillo fue claro: conseguir que se sufragasen las obras de una nueva iglesia. Para apoyar la propuesta, se aludió al aumento de la población en la localidad. Así, de optarse por la restauración de la antigua, el problema de la capacidad todavía seguiría latente. El Ayuntamiento pensó que una nueva iglesia acarrearía un gasto de unas 180.000 pesetas, pero cuando al poco tiempo Iturralde se encargó de informar sobre el asunto, este llegó a afirmar que la nueva construcción podría llevarse a cabo con tan sólo 65.000. Sin duda, Iturralde apoyó la propuesta del Ayuntamiento. Según él, las reparaciones tendrían un elevado coste. Es más, de ejecutarlas, aún persistiría el ya citado problema de la capacidad del edificio, *gravísima* para Iturralde, por hallarse en contacto con las bodegas del pueblo, algunas de ellas en estado ruinoso, y estar adosado el templo al Campo Santo.

Aunque no se ha podido localizar el proyecto presentado por Iturralde (sí las condiciones facultativas y económicas, puesto que estas se hallan transcritas en la escritura de contrata que posteriormente se otorgó, pero no los planos), sabe que este fue aprobado por el Estado el 12 de octubre de 1894. En cualquier caso, los diseños que el Arquitecto Diocesano tuvo presente en poco se diferenciaron de los que ya este había preparado unos años antes para la construcción de las iglesias, por ejemplo, de Puente Duero (Valladolid) o Tarazona de Valdeviloria (provincia de Salamanca, diócesis de Valladolid) (ver Figura 9)²¹. En estos casos, Iturralde manejó un mismo modelo que tan solo variaba en la concepción y diseño del remate

²¹ El proyecto de iglesia para Puente Duero se firmaba el 4 de mayo de 1885 ("1885. Expediente de Reparación extraordinaria del Templo parroquial de Puente Duero", ACVA, R.T.C., 1869 – 1884 – 1898 – 1920) y el de Tarazona el 24 de julio de 1889 ("Proyecto de una iglesia parroquial para Tarazona", ACVA, R.T.C., 1869 – 1884 – 1898 – 1920).

del cuerpo de torre. El proyecto de iglesia para Boecillo fue más ambicioso, sin embargo no podemos precisar si aquel sufrió alguna alteración, más tarde, por parte de Ortiz de Urbina. Si Iturralde había considerado en Puente Duero y Tarazona sendos templos de planta basilical, en Boecillo la imagen variaba con la inclusión de un crucero, otorgándose al templo una característica planta de cruz latina (ver Figura 10).

Figura 9. **Proyecto de iglesia para Puente Duero (Valladolid). Antonio Iturralde, 1885**

Fuente: "1885. Expediente de Reparación extraordinaria del Templo parroquial de Puente Duero", ACVA, R.T.C. 1869 - 1884 - 1898 - 1920.

Figura 10. **Iglesia de San Cristóbal, en Boecillo (Valladolid). Antonio Iturralde y Jerónimo Ortiz de Urbina, 1895-1902**

Fuente: Elaboración propia.

Adjudicadas las obras en 70.840 pesetas, el solar donde debía levantarse la nueva iglesia fue el situado en la Plaza, haciendo esquina con la calle principal, bajo una orientación Norte a Sureste y con sus cuatro fachadas aisladas.

El 17 de diciembre, y siempre según declaraciones de Iturralde, se iniciaron los trabajos. A finales de febrero de 1896, el Arquitecto Diocesano propuso la formación de un presupuesto adicional. Sin embargo, el Estado denegó la petición. Es en este punto cuando, al año siguiente, Ortiz de Urbina se encargaba de formar, de nuevo, ese presupuesto y, lógicamente, el proyecto adicional de las obras que Iturralde tenía pensado llevar a cabo. El de San Sebastián no dio pistas, al menos en el expediente formado, sobre aquellas adiciones, por lo que no sabemos qué es lo que Ortiz de Urbina añadió de su propia cosecha. De hecho, tampoco hemos podido localizar el proyecto firmado por Jerónimo. En todo caso, a través de los justificantes de pagos sí conocemos algunos detalles de este último.

En el mes de septiembre de 1897, cuando ya había fallecido Iturralde y Ortiz de Urbina se encontraba al frente de las obras de la Diócesis vallisoletana, el Estado volvió a informar sobre un presupuesto adicional para terminar las obras de la iglesia. Este se aprobaba en abril de 1898, incluyendo un total de 29.067,50 pesetas. En este caso, se necesitaba prácticamente la mitad del dinero que, en un principio, Iturralde había previsto para la construcción de la iglesia, algo que contravenía las directrices que las diferentes diócesis solían seguir en la elevación de sus nuevos templos. De ahí que en los proyectos de iglesias de nueva planta para pequeñas localidades en las que tan solo se pretendía officiar el culto en un lugar medianamente espacioso primase la economía de medios. Se traslucía, entonces, la utilización mayoritaria del ladrillo, reservándose la sillería para reforzar las zonas constructivamente más débiles y, en algunos casos, también para tratar los diseños de portadas (Guillén, 1992). Esto mismo es lo que se aprecia en Boecillo, pero solo hasta cierto punto, puesto que la dignidad de la construcción superaba, con creces, lo admitido para otras parroquias de la Diócesis, tales como las ya citadas de Tarazona y Puente Duero. De hecho, la feligresía de estas era menor a la de Boecillo, por lo que las diferencias acabaron justificándose desde un principio.

Aunque no probado, Ortiz de Urbina debió de introducir cambios sustanciales en el diseño exterior de la iglesia. En este sentido, llama la atención acerca del diseño de hastial torreado que finalmente se ejecutó, y que pese a alejarse, estilísticamente, de la tipología de torre-pórtico que Ortiz de Urbina había diseñado para la iglesia del Sagrado Corazón de Jesús y de San Ignacio de Loyola, en Valladolid (Domínguez, 2010), sí se mantuvo la misma distribución de cuerpos, aun con diferentes diseños, que en aquella. Y es que las obras de ambas iglesias corrieron paralelas en el tiempo. ¿Pudo ser entonces Ortiz de Urbina el que admitió aquella distribución y diseño último de fachada? Tal vez sí. En todo caso, el uso de las típicas torres-pórtico medievales se revitalizó en el siglo XIX, sobre todo tras la organización, en Inglaterra a partir de 1818, de las *Commissioners Churches*. Y es que, como señala Patetta y también da cuenta Rodríguez Llera, en relación a la santanderina iglesia de los Carmelitas, las tres condiciones fundamentales de estas construcciones giraban en torno a su alto nivel de practicidad, a la rapidez de ejecución y a unos ajustados presupuestos que potenciaban el manejo del ladrillo (Rodríguez, 1987).

Volviendo a los trabajos que debían realizarse con el presupuesto aprobado en abril de 1898, aunque no podemos detallar estos sí sabemos que entre septiembre de ese mismo año y

enero de 1899 Ortiz de Urbina informaba sobre la inclusión de sillería apilastrada en arcos y capiteles, las obras ejecutadas en la cornisa de sillería de la iglesia y de la torre, la construcción de esta última de ladrillo, la existencia ya de la cruz de piedra de la fachada y el embaldosado y entarimado de galerías, sacristías, etc.

Por lo que se desprende de los documentos aportados por Jerónimo, las obras debían estar concluidas el 16 de diciembre de 1899, pero en septiembre el arquitecto todavía daba cuenta de una gran cantidad de trabajo por hacer:

“[...] las obras que faltan de ejecutar para dar concluido el Templo Parroquial de Boecillo, son las siguientes: Las bóvedas de la Iglesia, los techos del coro, sacristías, baptisterio, pórtico y demás dependencias, el piso de la Iglesia y dependencias, los jaharreos y lucidos de paredes, las cornisas, las puertas exteriores é interiores, algunas ventanas y la pintura y cristales de las ventanas y puertas, así como la de las paredes con alguna otra de poca importancia; cuyas obras conceptúo se podrán hacer con veintiocho mil pesetas”²².

De nuevo, el problema del dinero. La construcción de la iglesia necesitaba otra derrama. Así, el 12 de diciembre de 1900 el Arquitecto Diocesano formaba el segundo y definitivo proyecto, además del nuevo presupuesto adicional²³.

Queda claro, entonces, que fue Ortiz de Urbina el que se encargó de dar la verdadera imagen interna al templo. Todo ello en torno a un Clasicismo que apreciamos, fundamentalmente, en el remarque de las líneas arquitectónicas y siempre a través de una meditada pintura decorativa. Aun así, de la elección de las bóvedas de medio cañón para los brazos del crucero, de lunetos en la capilla mayor y los tramos de la única nave de que consta la iglesia, así como de la cúpula sobre pechinas para el crucero, tal vez ya Iturralde pudo haber dejado constancia en los desaparecidos planos.

La recepción definitiva de la totalidad de los trabajos aconteció el 13 de febrero de 1903.

3.3 Iglesia parroquial de Nuestra Señora de la Asunción de Villabáñez

En diciembre de 1899, Ortiz de Urbina realizaba una inspección a la iglesia de origen gótico de Nuestra Señora de la Asunción de Villabáñez. Desde la Junta Diocesana se había informado a Ortiz de Urbina de las noticias acerca del mal estado del pórtico y la antigua sacristía. De hecho, cuando al poco tiempo Jerónimo reconoció la iglesia, este no dudó en admitir la inminente ruina de aquellas partes del templo. Sin embargo, la situación del pórtico, construido en 1590 y que protegía la única puerta de acceso al edificio como último testimonio de la construcción original gótica, le parecía de “mayor gravedad y peligro por servir de paso á la

²² “Expediente de reparación extraordinaria...”, ACVA, R.T.C., 1887 – 1901, Jerónimo Ortiz de Urbina, 19 de septiembre de 1899, s.p.

²³ “1900. Proyecto adicional de las obras. Boecillo”, ACVA, R.T.C., 1869 - 1884 - 1898 - 1920, 12 de diciembre de 1900.

Iglesia”²⁴ (Castán, 1998: 630). La solución que Jerónimo ofrecía era tan drástica como coherente: o demoler dicho pórtico (tan sólo la parte peligrosa) o instalar en él los apoyos necesarios para su aguante. En su informe llegó a indicar que las causas de la ruina se centraban en la descomposición de las maderas de las cubiertas. Por todo ello, Ortiz de Urbina propuso desmontar la sacristía vieja “sólo hasta la altura de la mampostería, cuyas paredes se defenderían con una albardilla provisionalmente ínterin no se resolviera otra cosa” (Castán, 1998: 631). Y, efectivamente, eso fue lo que hizo. En este sentido, los materiales procedentes de dicho desmonte revertieron al pórtico, “procurando en su reconstrucción, además de conservar sus columnas y pilastras, su completa reconstrucción por el carácter artístico de la época que representa” (Castán, 1998: 631) (ver Figura 11). En cualquier caso, Ortiz de Urbina dejó claro que antes de que se resolviera la formación del expediente de reparación de la iglesia, el gasto de los trabajos podría costearse a través de la venta de los materiales inservibles y la consiguiente ayuda económica de la feligresía, convertida esta ya en costumbre. O eso, o la mutilación natural de la iglesia del pueblo.

Figura 11. **Pórtico de la iglesia de Nuestra Señora de la Asunción, en Villabáñez (Valladolid)**

Fuente: Elaboración propia.

3.4 Iglesia parroquial de la Anunciación de Nuestra Señora en Robladillo

Existe un informe suelto, firmado por el maestro de obras Antonio Ortiz de Urbina a finales de julio de 1902, acerca de una serie de reparaciones que se efectuaron sobre la iglesia parroquial de Robladillo, la de la Anunciación. Lógicamente, el responsable de estas debió de ser Jerónimo, su padre, que, como en otras ocasiones, y sobre todo al final de su vida, fue auxiliado por su hijo. Así, el arquitecto informaba, a través de Antonio, de la ruina de la galería cubierta, sobre el coro, que servía para facilitar el toque de las campanas. Según el arquitecto, “en un principio esta galería sólo estaba cerrada con tablas y si hubiese seguido así no se

²⁴ ACVA, R.T.C., 1869 - 1884 - 1898 - 1920 (s.n.), 15 de diciembre de 1899.

hubiese hundido” (Domínguez, 2010: 630). Por eso, una de las propuestas de Ortiz de Urbina fue no volver a reconstruir aquella parte del edificio tal y como en aquellos momentos existía, sino como se había hallado con anterioridad. Además, en el informe también se hacía mención a otra serie de desperfectos, como el del pretil de entrada al templo (hoy desaparecido), alguna columna y la linterna²⁵. Todo ello trabajos sencillos de conservación sin nivel artístico alguno pero que revelan, en último caso, la *invención depurada* de la restauración en estilo practicada mayoritariamente por Ortiz de Urbina.

3.5 Convento de Santa María Magdalena en Medina del Campo

Ya como Arquitecto Diocesano, Ortiz de Urbina se encargó de otro emblemático conjunto arquitectónico medinense: el convento de Agustinas de Santa María Magdalena. Desde 1893, sobre aquel se había pensado ejecutar una serie de obras, bajo la dirección de Iturralde, cuyo objetivo comprendía la reparación de todos los defectos presentes en los arcos de la iglesia. Según Iturralde, el arco toral que dividía el crucero del cuerpo de nave de la iglesia tenía un descenso de 15 centímetros debido a la rotura de su clave. Por tanto, esto afectaba gravemente al tramo de bóveda en rincón de claustro que descansaba sobre dicho arco.

Además, el arquitecto también certificaba la presencia de grietas y deterioros de diversa consideración en otros dos arcos continuos a este y, consecuencia de ello, también del tramo de bóveda correspondiente a los mismos. A pesar de todo, lo que más preocupaba a Iturralde era el arreglo de este primer arco, que, como los demás, debía cimbrarse tal y como el arquitecto disponía en el plano que adjuntaba al expediente²⁶ (ver Figura 12). Hasta 1899 no se realizó la subasta de las obras, y en ese tiempo fue Ortiz de Urbina quien se hizo cargo de la dirección de los trabajos. El proyecto de Iturralde presentaba, según Ortiz de Urbina, ciertas dificultades para llevarse a cabo, por lo que este último ejerció un replanteo sobre el mismo, solicitando, de esta manera, más dinero para su realización.

De todos modos, el Gobierno no entendió por qué Ortiz de Urbina, una vez realizada la subasta de las obras, reclamaba más dinero para la consecución de estas. La respuesta estatal fue contundente: era absolutamente imposible aumentar la cantidad asignada. El Estado sí dio permiso a Jerónimo para que de forma conveniente reformase el proyecto de Iturralde. Eso sí, debía ajustarlo al presupuesto ya aprobado. El 22 de octubre de 1899, Ortiz de Urbina informaba del inicio de los trabajos de la primera parte del proyecto, confirmándose la recepción definitiva de las obras en febrero de 1901.

²⁵ ACVA, R.T.C., 1869 - 1884 - 1898 - 1920 (s.n.), 24 de julio de 1902.

²⁶ El proyecto también incluía, entre otras cosas, la elevación de la altura de la ronda de los Jesuitas y el entarimado de la iglesia. “Reparación extraordinaria del convento de Agustinas. Medina del Campo”, ACVA, R.T.C., 1887 - 1901, 10 de junio de 1893.

Figura 12. **Diseño de cimbra para el arreglo del arco toral de la iglesia del convento de Santa María Magdalena, en Medina del Campo (Valladolid). Antonio Iturralde, 1893**

Fuente: "Reparación extraordinaria del convento de Agustinas. Medina del Campo", ACVA, R.T.C., 1887 - 1901, 10 de junio de 1893.

Figura 13. **Vista del estado actual de la iglesia con el arco toral que separa el cuerpo de nave del crucero**

Fuente: Elaboración propia.

De los ajustes del proyecto que el Estado había propuesto a Ortiz de Urbina tan solo tenemos constancia a través de la segunda parte del mismo. Respecto a esta, Jerónimo preparó un nuevo presupuesto. ¿Cómo arregló, entonces, Ortiz de Urbina la falta inicial de presupuesto y

la imposibilidad de que este se viera aumentado? Entendemos que incluyendo, por lo que se desprende de la documentación aportada por el arquitecto, lo fundamental de las obras de la primera parte o sección del proyecto en la segunda. Lógicamente, para esta última hubo que hacer una nueva subasta. Así, y como continuamente hemos visto, las dificultades económicas se transformaban en dificultades para que el arquitecto realizase su trabajo según sus deseos.

El 20 de agosto de 1901 se iniciaban las obras, y en octubre del siguiente año se recibían. Ortiz de Urbina demolió la cubierta antigua de la iglesia para levantar una nueva. Además, pese a que los correspondientes planos que el arquitecto aportó no se conservan en el expediente de obras, sabemos que Jerónimo se encargó de cimbrar y apejar los arcos en mal estado, poniendo especial atención en el ya citado toral. En este sentido, se preocupó de reparar y reconstruir las bóvedas y su cimbrado, así como también algunos adornos y pintura de la iglesia (ver Figura 13). En definitiva, que Ortiz de Urbina practicó un detenido trabajo de restauración sobre buena parte del interior del templo. De hecho, añadió, igualmente, un nuevo piso de madera tanto para la nave como para el coro alto²⁷, tal y como también había previsto Iturralde.

3.6 Los últimos ejemplos de reparación de torres: iglesias parroquiales de El Salvador (Simancas), San Juan Bautista (Portillo) y Santos Juanes (Nava del Rey)

Ya como nuevo Arquitecto Diocesano, Ortiz de Urbina estudió también las reparaciones necesarias en algunas de las torres de la diócesis. El arquitecto, por tanto y como si de una fase cíclica se tratara, tras haber reparado y restaurado parcialmente la torre de la iglesia de los Santos Juanes, en Nava del Rey, la de campanas de la catedral de Orense y junto a otros arquitectos afincados en Valladolid de proyectar una nueva torre para la catedral de Valladolid (1862) (Domínguez, 2010), regresaba a sus orígenes. Así, pocos meses después de hacerse cargo de los conjuntos monumentales de la diócesis recibía una alarmante carta del párroco de la iglesia de El Salvador, en Simancas. En ella se expresaba la denuncia interpuesta por el Alcalde de la villa en relación al mal estado de la cúpula y el cimborrio del templo²⁸. De esta guisa, Ortiz de Urbina se trasladaba a Simancas, confirmando las afirmaciones del Alcalde.

El deplorable estado de conservación de la torre ya se había manifestado décadas atrás, cuando a mediados de los sesenta se encomendó a Antonio Iturralde su reparación. La urgencia fue tal que en 1867 la parroquia de El Salvador intentó agilizar los trámites²⁹. Desgraciadamente, desconocemos los posteriores pasos de Ortiz de Urbina sobre el asunto. En el mismo caso se halla su desafortunado informe, en 1902, acerca de la antigua torre de la iglesia de San Juan Bautista de la villa de Portillo (ver Figura 14). Su escrito no tiene desperdicio:

“[...] he pasado á la citada Villa y verificado un detenido reconocimiento en la expresada torre, la cual se halla situada en el extremo opuesto al presbiterio en la nave lateral de la derecha

²⁷ “Presupuesto reformado de las obras de la 2ª sección en el convento de Religiosas Agustinas de Medina del Campo en virtud de la Real Orden de 3 de Octubre de 1899”, ACVA, R.T.C., 1887 - 1901, 20 de febrero de 1901.

²⁸ ACVA, R.T.C., 1869 - 1884 - 1898 - 1920 (s.n.), 14 de julio de 1897.

²⁹ ACVA, O.P.T.C., 24 de enero de 1867.

según se mira al altar mayor, cuya Iglesia tiene la particularidad de tener sólo dos naves, la principal y la lateral que termina en la torre; ésta por su construcción, materiales y detalles que conserva, demuestra mucha antigüedad, remontándose quizá á la época mozárabe. Su base es rectangular, en uno de sus ángulos al exterior tiene agregado un contrafuerte ó estribo de sección circular, que en tiempo debieron unir por el sentimiento que se observa en sus muros; la construcción de la torre es defectuosa, el ángulo donde aplicaron el estribo sube de sillería que debió ser colocada posterior á la fábrica primitiva y los tres restantes son de ladrillo, de mayor á menor, de superior á inferior, cuajados los centros de mampostería; en su remate existe su cubierta interrumpida por destacar sobre el muro al extremo de uno de sus ángulos una espadaña de ladrillo donde está colocada la campana del reloj. Como se comprende esta diversidad de materiales, reparos y reformas hechas en ella y su antigüedad, han ocasionado en ella grietas, desunión y desconcierto en sus fábricas, en puntos tendiendo los muros á separarse en dos hojas y en otros grietas en sentido vertical cuyas señales determinan un estado de ruina más ó menos próximo. No ofreciendo la torre otra particularidad que yo sepa que su antigüedad, es mi parecer que proceda su demolición, pudiendo quizá conservarse la parte de su altura que sirve de terminación á la Iglesia, á fin de que pudiese después continuar el culto en ella. Dedúcese de lo expuesto que su estado es ruinoso, teniendo algunos puntos que son de próxima ruina, por lo que en mi concepto no procede permanezca así en tal situación mucho tiempo³⁰.

Figura 14. Estado actual de los restos de la torre de la iglesia de San Juan Bautista, en Portillo (Valladolid), sobre la que se construyó una espadaña

Fuente: Elaboración propia.

³⁰ ACVA, R.T.C., 1869 – 1884 – 1898 – 1920 (s.n.), Jerónimo Ortiz de Urbina, 4 de junio de 1902, s.p.

¿Era imprescindible su derribo? Según exponía Ortiz de Urbina, sí. En caso contrario, queda claro que la reconstrucción hubiera partido prácticamente de la nada; una invención absoluta, y ese no era el cometido, en principio, del Arquitecto Diocesano. Además, una cosa era reconstruir por analogía y otra no tener material directo sobre el que trabajar. Eso sí, el estribo de sección circular que se encontró era muy similar al que décadas atrás había integrado el propio Ortiz de Urbina en la torre de la iglesia de los Santos Juanes de Nava del Rey, como vemos a continuación.

Días antes de presentar el informe sobre la torre de la iglesia de San Juan Bautista, Ortiz de Urbina redactaba otro en relación al estado de la de los Santos Juanes de Nava del Rey. Efectivamente, a Jerónimo se le encargó, después de varias décadas, una minuciosa inspección, consecuencia del temor que en la localidad se tenía a que la torre se cayese como semanas antes había ocurrido con la de campanas de la catedral de Cuenca (popularmente conocida como la del Giraldo, se derrumbó el 13 de abril de 1902). Cabe señalar que tan solo se tuvo en cuenta el caso de la catedral conquense, a pesar de que la villa ya había presenciado el fatal derrumbamiento del campanario de la iglesia de San Juan el 6 de abril de 1663 (Carbonero, 1900), llevándose consigo un tercio de la fábrica de la iglesia (Castán, 1990).

De esta manera, lo que ahora se hallaba en ruina correspondía a aquella torre que se levantó bajo trazas de Fray Pedro de San Nicolás y que se terminó con el abovedamiento de Juan de Revilla en 1702. Ortiz de Urbina cumplió su cometido y, posteriormente, emitió el obligado informe³¹. En él, Jerónimo recordaba los trabajos que sobre ella ya había proyectado hacía más de cuatro décadas, entre los que destacaba la inclusión de “dos estribaciones ó contrafuertes circulares en su sección horizontal hasta el segundo cuerpo de la torre” (Martín, 1967: 194) (ver Figura 15). Además, volvía a insistir en las soluciones que había aportado tiempo atrás, a lo que añadía ahora, entre otras cosas e independientemente de la torre, la reparación de las cubiertas de la iglesia. Aun así, las obras que se llevaron a cabo en el templo durante el siglo XIX podrían haber sido bastante más numerosas de lo que se pudiera imaginar. De hecho, el propio Ortiz de Urbina señalaba en este último informe que junto a la entrada del campanario se habían instalado unos *postes* ó *apoyos* producto de un reconocimiento del edificio posterior al suyo de 1857. De ahí la dificultad a la hora de precisar no solo la autoría de cada una de las obras de esta índole, sino también de su carácter y explicación originaria.

³¹ ACVA, R.T.C., 1869 - 1884 - 1898 - 1920 (s.n.), 25 de mayo de 1902.

Figura 15. Estado actual de uno de los dos contrafuertes proyectados por Ortiz de Urbina, en 1859, sobre la torre de la iglesia de los Santos Juanes, en Nava del Rey

Fuente: Elaboración propia.

Las apreciaciones y consecuentes proposiciones de Ortiz de Urbina quedaron, por el momento, paralizadas. De hecho, sobre la iglesia se realizó un nuevo reconocimiento, esta vez por el Arquitecto Provincial. En él se debió de confirmar lo ya expuesto en el informe de Ortiz de Urbina, a través del cual se afirmaba que pese a las condiciones de estabilidad aceptables de la torre habrían de realizarse reparaciones sobre ella, incluyendo, además, que para estas sería necesario algo más de 15.000 pesetas. Sin embargo, desde la Administración se insistió en que para sufragar las obras se debía organizar una colecta entre los vecinos del pueblo, caso muy común tal y como hemos podido corroborar a lo largo del presente artículo. En esta ocasión, dicha medida no surtió efecto. Y es que se trataba de una cantidad muy elevada para pretender que solo el vecindario se encargase de todos los gastos.

4. Conclusiones

Como hemos podido comprobar, Arte (consideraciones estéticas y teoría de la restauración), Sociedad (posición y actuación de la feligresía y organismos del Estado y de la Iglesia) y Economía (presupuestos ajustados y en muchos casos insuficientes) fueron los verdaderos pilares de las reparaciones y restauraciones llevadas a cabo durante la segunda mitad del siglo XIX en la Diócesis de Valladolid. No obstante, tan solo es un ejemplo, ya que en el resto de España se siguieron las mismas pautas. Debían restaurarse las joyas del patrimonio arquitectónico de la diócesis, pero, de la misma manera, sus intervenciones tenían que ser asequibles para los bolsillos del Estado, siempre ayudado por el vecindario de la localidad interesada. Y es que en una sociedad sacralizada, en ocasiones la utilidad de la arquitectura dominó a los aspectos específicamente artísticos. Así, el arquitecto Jerónimo Ortiz de Urbina

intentó, en cada uno de sus proyectos, seguir ideas propias de la restauración en estilo y, además, ser lo más fiel posible a una base clasicista de su formación, a la tríada vitruviana (Domínguez, 2009 - tomo I y 2010), divulgada esta a través de la tratadística del siglo XVIII (véase González, 1993) y encerrando claros conceptos económicos: *fírmitas*, *utilitas* y *venustas*.

Bibliografía

ARRECHEA, J. *Arquitectura y romanticismo. El pensamiento arquitectónico en la España del siglo XIX*. Valladolid, Universidad de Valladolid, 1989. 330 p.

BASURTO, N. *Los maestros de obras en la construcción de la ciudad. Bilbao 1876 - 1910*. Bilbao, Diputación Foral de Bizkaia, 1999. 263 p.

BRASAS, J.C. *Antiguo partido judicial de Olmedo*. En: Catálogo monumental de la provincia de Valladolid, t. X. Valladolid, Diputación Provincial de Valladolid, 1977. 247 p.

CARBONERO, F. *Historia de la Nava del Rey*. Valladolid, Imprenta y Librería de F. Santarén Madrazo, 1900. 125 p.

CASTÁN, J. *La polémica entre Gótico y Renacimiento en el siglo XVI. La iglesia de los Santos Juanes de Nava del Rey (Valladolid)*. En: BSAA, LVI: 384 - 403, 1990.

CASTÁN, J. *Arquitectura gótica religiosa en Valladolid y su provincia (siglos XIII - XVI)*. Valladolid, Diputación Provincial de Valladolid, 1998. 928 p.

CASTÁN, J. *Antiguo Partido Judicial de Nava del Rey*. En: Catálogo Monumental de la provincia de Valladolid, t. XX. Valladolid, Diputación Provincial de Valladolid, 2006. 198 p.

CAVEDA, J. *Memorias para la historia de la Real Academia de San Fernando y de las Bellas Artes en España, desde el advenimiento al trono de Felipe V, hasta nuestros días*. Tomo II, Madrid, Imprenta y Librería de Manuel Tello, 1867. 461 p.

DELICADO, J. *et al. Historia de la Diócesis de Valladolid*. Valladolid, Arzobispado de Valladolid y Diputación Provincial de Valladolid, 1996. 627 p.

DOMÍNGUEZ, F.J. *Jerónimo y Antonio Ortiz de Urbina: vida y obra*. (3 tomos) (Tesis Doctoral, programa de doctorado: Historia del Arte), Universidad de Valladolid, Departamento de Historia del Arte, 2009, 3034 p.

DOMÍNGUEZ, F.J. *El Valladolid de los Ortiz de Urbina: arquitectura y urbanismo en Valladolid (1852 - 1936)*. Valladolid, Ayuntamiento de Valladolid, 2010. 676 p.

GONZÁLEZ, J.L. *El legado oculto de Vitruvio: saber constructivo y teoría arquitectónica*. Madrid, Alianza Forma, 1993. 294 p.

GONZÁLEZ - VARAS, I. *Restauración monumental en España durante el siglo XIX*. Valladolid, Ámbito Ediciones, 1996. 280 p.

GUILLÉN, E. *Crisis de la arquitectura religiosa en la época isabelina: medidas legales para la construcción y reparación de templos en el Arzobispado de Granada*. En: Congreso del Comité Español de Historia del Arte, (VIII, 1991, Cáceres, España). Actas (Tomo I). Cáceres, Editora Regional de Extremadura, 1992, pp: 473 - 478.

HERNÁNDEZ, F. *Las revistas románticas españolas y su visión del patrimonio arqueológico*. En: Cumplutum, 9: 231 - 253, 1998.

ISAC, Á. *Eclecticismo y pensamiento arquitectónico en España. Discursos, revistas, congresos. 1846 – 1919*. Granada, Diputación de Granada, 1987. 433 p.

LAFUENTE, V. *Anuario de la Instrucción pública, para el año académico de 1867 á 1868*. Madrid, Imprenta del Colegio de Sordo - Mudos y Ciegos, 1868. 468 p.

MADOZ, P. *Diccionario geográfico – estadístico - histórico de España y sus posesiones de ultramar*. Tomo IV. Madrid, Imprenta del Diccionario Geográfico, 1849. 684 p.

MARTÍN, J.J. *Arquitectura barroca vallisoletana*. Valladolid, Diputación Provincial de Valladolid, 1967. 316 p.

NAVASCUÉS, P. *Arquitectura y arquitectos madrileños del siglo XIX*. Madrid, instituto de Estudios madrileños, 1973. 391 p.

NAVASCUÉS, P. *La restauración monumental como proceso histórico: El caso español, 1800 - 1950*. En: Curso de Mecánica y Tecnología de los edificios antiguos. Madrid, Colegio de Arquitectos de Madrid, 1987, pp: 285 - 329.

ORDIERES DÍEZ, Isabel. *Historia de la restauración monumental en España (1835 – 1936)*. Madrid, Ministerio de Cultura, 1995. 494 p.

ORTEGA, J. *Los pueblos de la provincia de Valladolid*. (Tomo I) Valladolid, Grupo Pinciano (edición facsímil, 1895), 1979. 395 p.

PRIETO, J.M. *Aprendiendo a ser arquitectos. Creación y desarrollo de la Escuela de Arquitectura de Madrid (1844 - 1914)*. Madrid, CSIC, 2004. 555 p.

REAL Decreto sobre reparación de templos. Valladolid, Imprenta de L. Garrido, 1879. 23 p.

REBOLLO, A. *En defensa de la conservación del conjunto soportalazo de la Plaza Mayor de Valladolid: “la respuesta de modificación de las Ordenanzas Municipales en 1878”*. En: RIVERA, J. (Dir.). *Actas del V Congreso Internacional “Restaurar la memoria. Patrimonio y Territorio”*. Valladolid, Junta de Castilla y León, AR&PA, 2007. Pp: 1259 - 1273.

RODRÍGUEZ, R. *Arquitectura regionalista y de lo pintoresco en Santander (1900 - 1950)*. Santander, Ayuntamiento de Santander, 1987. 427 p.

ROGENT, E. *Memòries, viatges i lliçons*. Barcelona, Col·legi D'Aparelladors i Arquitectes tècnics de Barcelona, 1990. 306 p.

SÁNCHEZ, M.A. *La Academia y la revalorización de los estilos medievales (I). Significado y estudios de los dibujos preparatorios para grabado*. En: *Academia*, 85: 299 - 344, 1997.

SÁNCHEZ, J.A. *Maestros de obras y aparejadores en la época contemporánea*. En: SÁNCHEZ, J. A. y YÁÑEZ, J. M. (Eds.) *El aparejador y su profesión en Galicia. De los maestros de obras a los arquitectos técnicos*. Santiago de Compostela, Consello Galego de Colexios de Aparelladores e Arquitectos Técnicos, 2001. 336 p.